



Revista Internacional de Sociología de la
Educación

E-ISSN: 2014-3575

rise@hipatiapress.com

Hipatia Press

España

Bellera, Jaume

Biopolíticas Neoliberales de Acción Socioeducativa. Cómo los Profesionales de la
Intervención Social Educativa se Convierten en Garantes de una Nueva Realidad: La
Periferia Social

Revista Internacional de Sociología de la Educación, vol. 4, núm. 1, febrero, 2015, pp. 26-
48

Hipatia Press
Barcelona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=317138757002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://rise.hipatiapress.com>

Biopolíticas Neoliberales de Acción Socioeducativa. Cómo los Profesionales de la Intervención Social Educativa se Convierten en Garantes de una Nueva Realidad: La Periferia Social

Jaume Bellera¹

1) Universidad de Girona, Spain

Date of publication: February 25th, 2015

Edition period: February 2015-June 2015

To cite this article: Bellera, J. (2015). Biopolíticas Neoliberales de Acción Socioeducativa. Cómo los Profesionales de la Intervención Social Educativa se Convierten en Garantes de una Nueva Realidad: La Periferia Social. *International Journal of Sociology of Education*, 4(1), 26-48. doi: [10.4471/rise.2015.02](https://doi.org/10.4471/rise.2015.02)

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/rise.2015.02>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY)

Neoliberal Biopolitics of Educational Social Action. How Professionals of Educational Social Intervention Become Guarantors of a New Reality: The Social Periphery

Jaume Bellera
Universidad de Girona

(Received: 27 October 2014; Accepted: 15 January 2015; Published: 25 February 2015)

Abstract

Social pedagogy has no clear direction. Many proposals for intervention emerge daily. However, despite efforts to improve research in this field and expand their professional group, it appears that more and more people require social and educational services. This paradox shows that the educational social intervention being done these days is not effective. In addition, it feeds the suspicion that these professionals will become, but despite them, guarantors of this new social reality: the social periphery.

Keywords: biopolitics, social pedagogy, exclusion, social policies, neoliberalism.

Biopolíticas Neoliberales de Acción Socioeducativa. Cómo los Profesionales de la Intervención Social Educativa se Convierten en Garantes de una Nueva Realidad: La Periferia Social

Jaume Bellera

Universidad de Girona

(Recibido: 27 Octubre 2014; Aceptado: 15 Enero 2015; Publicado: 25 Febrero 2015)

Resumen

La pedagogía social no tiene un rumbo claro. Son muchas las propuestas de intervención que van surgiendo a diario. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por mejorar los estudios en este campo y ampliar el colectivo de sus profesionales, resulta que cada vez son más las personas que requieren de servicios socioeducativos. Esta paradoja pone en evidencia que la intervención que actualmente se lleva a cabo no es efectiva. Además, alimenta la sospecha de que estos profesionales acaban convirtiéndose, muy a su pesar, en garantes de esta nueva realidad social: la periferia social.

Palabras clave: biopolítica, pedagogía social, exclusión, políticas sociales, neoliberalismo.

No está claro hacia dónde avanza nuestra sociedad llamada del bienestar, de modo que tampoco está nada claro hacia dónde se dirige la pedagogía social. Y aún menos hacia dónde debe ir, puesto que son muchas las propuestas ante numerosas aplicaciones que van surgiendo a diario. Sin embargo, y he ahí el gran dilema, a pesar de los esfuerzos por mejorar los estudios en este campo y ampliar el colectivo de sus profesionales, resulta que cada vez son más las personas que requieren de servicios socioeducativos. Sólo hace falta ojear en los periódicos o echar un vistazo a las estadísticas o a los últimos estudios de referencia.¹ Esta paradoja lleva a una triste evidencia: la intervención socioeducativa que se está realizando en estos tiempos no es para nada efectiva. Y también conduce a una sospecha aún más triste: los profesionales de esa intervención acaban convirtiéndose, muy a su pesar, en garantes de esta nueva realidad social, una periferia social que aumenta, se expande y se intensifica sin cesar.

Biopolíticas Diseñadas a la Luz del Neoliberalismo

Es obvio que actualmente se diseñan y se elaboran una cantidad ingente de programas de intervención social y educativa. Ayuntamientos, consorcios o agrupaciones corporativas, ministerios y consejerías, y otras entidades públicas o privadas ejercen esta expansión programática, al lado de las numerosas fundaciones y asociaciones que se ocupan del sector, trabajando en las «complejas fronteras de la inclusión / exclusión» (Núñez, 2007, p. 2). Es una tarea voluntariosa y sacrificada, y en ocasiones realizada por técnicos cualificados. Pero también es cierto que responde a estrategias biopolíticas, es decir, a propuestas políticas, la mayoría diseñadas a la luz del neoliberalismo, cuyo objetivo es, al mismo tiempo, gestionar todo aquello que forma parte de la vida de los individuos y asegurar su obediencia a partir de «mecanismos disciplinarios».

Estas «políticas de la vida», que ejercen su biopoder sobre el continuum biológico de la población, tomaron gran interés a partir de los estudios realizados por Michel Foucault en el último cuarto del siglo pasado.² Sin embargo, para este cometido es fundamental centrarse en la evolución del mismo concepto de biopolítica, en dos sentidos: por un lado, en la vinculación que Foucault hizo finalmente de este concepto con el de Estado

gubernamental, detallando que su objetivo ya no era el territorio, como antaño, sino la población, utilizando un saber económico para controlar la sociedad por dispositivos de seguridad (Foucault, 2010). Y por otro lado, en las interpretaciones y derivaciones que a partir de esta relación han recogido autores proclives como Giorgio Agamben o Roberto Esposito, y que Edgardo Castro explica con mucho acierto al concluir que «según Esposito, existen en Foucault dos modelos interpretativos de la biopolítica. En uno de ellos, la biopolítica es una articulación interna de la soberanía; en el otro, la soberanía es sólo una máscara formal de la biopolítica» (Castro, 2007, p. 16). Queda claro, pues, que la vida ha entrado de lleno en el juego de la política como un elemento estratégico en las relaciones de poder. Es más, ya sea como modo efectivo de articular los procesos soberanistas o como simple disfraz, la biopolítica no deja de ser una «implicación cada vez más intensa y directa entre las dinámicas políticas y la vida humana entendida en su dimensión específicamente biológica» (Esposito, 2006). En este sentido, y ya lo destacaba Foucault, todo lo que concierne al individuo con su relación con la vida queda sometido al influjo de «mecanismos de disciplina» y «dispositivos de seguridad» que se producen en la gubernamentalidad biopolítica. Todo ello se ve atrapado en el tránsito político que va del sistema liberal al neoliberal, en esa especie de mutación que parece haber sufrido al pasar de una racionalidad de estado a una razón de mercado (López Álvarez, 2010), una razón que entiende que la vida forma parte del capital, que la vida es una moneda de especulación e intercambio mercantil, una muy buena moneda en algunos aspectos, de cotización muy alta en el mercado global. No es casualidad, pues, que a la luz del neoliberalismo el bíos quede sometido a una interpretación sumamente económica, atrapado en algo así como un mecanismo puro y anónimo llamado mercado (Bourdieu, 1998), un dispositivo automático de regulación que, en nombre de su libertad, ha dado la espalda a la democracia y ha legitimado su dictadura (García de la Huerta, 2009).

Cabe destacar en todo este embrollo dos aspectos fundamentales para el estudio de las políticas socioeducativas, que podrían ser como dos caras de la misma moneda neoliberal: por un lado la relevancia casi desmesurada que se le ha dado al desarrollo de las tecnociencias,³ y por otro, el declive incesante de la cantidad y la calidad de contenidos del discurso político socioeducativo. Parece como si las tecnociencias y el progreso tecnológico

tuvieran un efecto directo y adverso en el desarrollo de la política. Quizá no sea éste ni el momento ni el lugar para adentrarse en esta relación, aunque sí toca observar que revierte de forma inevitable hacia la concepción y el desarrollo de las políticas sociales y educativas que se están llevando a cabo últimamente en nuestro país. Y es precisamente desde esta óptica que se puede detectar ese momento regresivo al que nos está llevando esta situación. Una situación a la que podríamos definir como «neo-liberal en su economía y neo-conservadora en su modelo político» (Sirvent, 1998); y un momento de «destrucción metódica de los colectivos, en que el programa neoliberal tiende a favorecer globalmente el desfase entre las economías y las realidades sociales» (Bourdieu, 1998).

Con el auge de las tecnociencias la empresa ha hecho mella en la médula de la intervención socioeducativa, no sólo condicionando sus acciones, sino también definiendo sus conceptos. Ante esto, el profesional de la acción social educativa no tiene más opción que convertirse en «operador del tecnopoder», en un simple instrumento de despliegue de esas políticas de prevención del conflicto social que resultan tan propicias para el desarrollo libre de los mercados. Por ello, esta intervención no va más allá de la gestión de grupos poblacionales y sus espacios de habitualidad, un ejercicio de control necesario que la lógica empresarial exige (Núñez, 2003).

Con respecto al declive de los contenidos políticos, cabe resaltar la precariedad con que se circunscriben algunas teorías sociales y educativas en ciertas prácticas que se se pretenden profesionales. En este sentido, no se pueden obviar los efectos producidos por el neoconservadurismo de estas políticas neoliberales: se promociona el desarrollo individual para romper la acción colectiva, se monopoliza el conocimiento selectivo a base de bombardear a la gente con infinidad de información innecesaria e inútil, y se inhibe la participación pública y la organización colectiva «fomentando la atomización, fragmentación, desmovilización, apatía participativa, el escepticismo en lo político y el individualismo también en los ámbitos profesionales y universitarios» (Sirvent, 1998, p. 203).

Ante este panorama que nos dibuja el modelo neoliberal, no es demasiado atrevido afirmar que su efecto directo es la exclusión⁴ social (Núñez, 2007), una exclusión que, lejos de mostrarse puntualmente y como estatus esporádico, se erige hoy como una especie de proceso de anti-desarrollo que viven miles de personas, una pérdida constante de

oportunidades en un camino que les lleva a la oscuridad social, un castigo por ostracismo que les arroja a un inevitable vagar por la periferia social como un alma en pena. Y ya no se trata de casos excepcionales o extremos, ni de una situación estanca y estable. A propósito de las políticas preventivas, la exclusión parece haber cruzado dos fronteras de las que difícilmente se puede regresar: la frontera de su dimensión o ámbito, por lo que es fácil imaginar ya no individuos aislados en situación de exclusión social sino familias, clanes, grupos o colectivos enteros; y la frontera de su trascendencia o alcance, puesto que hoy somos testigos de una realidad altamente volátil, muy cambiante y llena de incertidumbres donde la magnitud de la exclusión social parece no tener ni límites ni piedad.

Que la exclusión ya no sea ni una cuestión individual, de algunos desconocidos, ni un hecho que atañe a unos pocos, a la otra gente, debería hacernos reflexionar profundamente. En algo nos estamos equivocando cuando, muy a pesar de los esfuerzos y la dedicación, seguimos empeñados en una construcción social que hace cada vez más creciente el volumen de población en situación precaria. Esto no tiene nada que ver con las grandes propuestas de ahondar en la problemática social desde una visión colectiva, ni con las políticas de reinserción, ni con los movimientos de desarrollo y cooperación, ni siquiera con el reconocimiento de ese carácter social que impregna toda acción humana (Durkheim, 1997). Todo esto no son más que bonitas palabras, y quizás buenas intenciones, incapaces de hacer frente a esta cruda realidad. En todo caso, esto tiene que ver con la «reactivación de viejas teorías económicas ya desgastadas [...] y la instauración de relaciones estrictamente mercantiles en la sociedad» (Foucault, 2008, p. 155). Tiene que ver con este gran momento histórico que estamos viviendo, en el que «la gubernamentalidad neoliberal reduce la libertad política a la libertad económica y sustituye al ciudadano por el animal labrador/consumidor» (García de la Huerta, 2009, p. 155), y cada cual ya sabrá cómo se las apaña con su trabajo y su dinero. Esto tiene que ver, y mucho, con el impacto de las políticas de ajuste, con los recortes en servicios y derechos, y con la violencia estructural del mercado laboral. En una palabra, esto es así porque las razones económicas vienen dando explicación de todo cuanto acaece en la vida de las personas, porque estas mismas razones con su carácter total y totalizador han convertido el mercado en el nuevo poder soberano, un mecanismo autoritario que disfraza la miseria con ganancias bursátiles y

empeña de normalidad la pobreza de protección, de participación y de entendimiento (Sirvent, 1998) que se está dando en la mayor parte de contextos sociales contemporáneos. Hoy uno es pobre, pero sigue empeñado en consumir.

¿Cómo es Posible que No se Inicie una Revuelta?

Es necesario anunciar en voz alta que esta situación de anti-desarrollo no es coyuntural del lugar ni del momento. ¡Ni mucho menos! Es cierto que la expansión global de los mercados y la crisis económica actual han agudizado los efectos; pero la exclusión social de que hablamos, la que está enviando a infinidad de personas a la periferia social, alejándolas de los circuitos de vida hasta ahora normales, es un problema estructural del sistema. Y es curioso observar que, al final, los desahuciados del sistema, los marginados de la normalidad, los expulsados de la exclusividad mercantil son cada vez más, son una gran parte de la población, son la multitud. Entonces salta inevitablemente una pregunta: ¿cómo es posible que no se inicie una revuelta ante tan decepcionante y, a la vez, esperpéntico escenario? Probablemente haya varias razones que expliquen por qué, a pesar de ello, el orden social no se hunde en el caos. Y aunque Bourdieu ya apuntaba a la existencia de ciertas estructuras tradicionales del orden que siguen actuando a pesar de su anacronismo y decadencia, no se puede obviar el hecho de que tal vez, sólo tal vez, la pregunta ya no sea pertinente puesto que presupone una reacción social, una revuelta, que también está siendo dismantelada pieza a pieza y anulada definitivamente. Y sólo tal vez, porque también hay que tener en cuenta «todo el trabajo de todos los niveles de trabajadores sociales, y también todas las solidaridades sociales, familiares y muchas más» (Bourdieu, 1998) que están colaborando en el mantenimiento de la situación, lo que vendría a suponer de entrada un ápice de esperanza ante tan fatídico futuro.

Sin embargo, que se mantenga esta situación no deja de ser el resultado deseado de los mecanismos de control y de las estrategias de seguridad. Y entre todos ellos cabría destacar uno: la institucionalización de todo cuanto nos incumbe,⁵ la acción de reconvertir todos los elementos de la realidad vital en parcelas secundarias fragmentadas de la gran institución neoliberal. Se trata de un proceso global de estructuración, ordenamiento y

jerarquización de todo lo que se desarrolla en relación al ser humano, que nada tiene que ver con el sentido más ingenuo de pertenecer a una institución y actuar bajo el paraguas de su significación. Ese proceso de institucionalización, que en pleno siglo de las redes sociales y del trabajo interdisciplinar sigue dando más valor a los perfiles de jerarquía piramidal, ahonda en la construcción social de manera determinante en, por lo menos, cuatro aspectos: en la propagación de su determinismo, en la difusión de su corporativismo, en el control sobre la intervención social y en el dominio de todo el espacio.

En cuanto al primer aspecto, el determinismo social, no es difícil percatarse de que últimamente aparecen pocas propuestas que permitan construir comunidad a partir de la elaboración de nuevos diseños en el sentido de pertenencia social, y sí que hay en cambio un bombardeo incesante de estímulos que nos empujan a un estado de inseguridad, a una vulnerabilidad de nuestra vida en todas sus facetas. Todo cuanto se percibía o se requería antiguamente para enraizar un proyecto de vida en la comunidad, lleva hoy a la necesidad de aceptar una disposición permanente a la flexibilidad y a la fragilidad: el empleo, la educación, la sanidad, las pensiones... Está claro que esta determinación ayuda a mantener las estructuras de poder para que la clase dirigente –el reconocido establishment– pueda seguir viviendo a costa de la explotación de los demás que, por otro lado, es de la única manera que sabe vivir.

El corporativismo, el segundo aspecto de esta institucionalización, se puede entender como la campaña de difusión de un pensamiento útil y propicio a las exigencias corporativas de organización y jerarquía, a la estructura unidimensional del sistema que promueve. El efecto institucionalizador de las biopolíticas neoliberales se manifiesta claramente en el deseo de controlar todo cuanto tiene relación con la vida de la gente, todo lo que se sucede y acaece, y se hace bajo estructuras sólidas y estrategias preventivas para evitar cualquier asomo de espontaneidad, cualquier indicio de diversidad y cualquier intento de autodesarrollo. Todas estas manifestaciones de cierta capacidad de reflexión crítica son etiquetadas como intrusismo; eliminarlo permite a la institución neoliberal conservar la preeminencia de sus razones como pensamiento único.

El tercer aspecto que aparece es el del control sobre la intervención social. Muy a pesar de los propósitos fundacionales de estas intervenciones y

del trabajo de la mayor parte de profesionales que las ejercen, las intervenciones sociales y educativas se han convertido en un deseoso instrumento de gestión poblacional, puesto que permiten el acceso a gran cantidad de información personal muy sensible. Ciertamente que existen leyes, organismos, agencias y otros escenarios jurisprudenciales que protegen dicha información y regulan su uso y difusión;⁶ sin embargo, no es necesario llegar a la manipulación evidente de los datos para conseguir un uso interesado de los mismos. Basta con justificar nuevas razones para acceder a ciertos servicios, establecer más requisitos para su ejecución equitativa y potenciar los instrumentos de acceso a los datos requeridos. Por eso mismo, este control se ejerce y se canaliza a través de corporaciones, entidades u organismos que son promovidos o que actúan bajo el cobijo de las grandes empresas, de los poderosos e intocables bancos y de los ambiguos –y a veces dudosos– órganos administrativos. Así, aunque no lo quieran, los primeros se acaban convirtiendo en la extensión de los brazos manipuladores de los segundos.

Y por último, del dominio del espacio en general, y del público en particular, cabe destacar su apropiación indebida, su usurpación a la población por parte de los poderes gobernantes y las instituciones, las fuerzas del orden y el control, las entidades monetarias... Todo ello responde a una estrategia para desubicar el espíritu público y disgregar el agrupamiento colectivo, más allá del permitido, en espacios de control y gestión. Desde el espacio público encarcelado, gobernado, jerarquizado, se lanzan todo tipo de propuestas mercantiles, de consumo, individualizadas e individualizadoras; de este modo se evita que la comunidad acceda libremente a lugares donde puede aglutinarse e idear proyectos colectivos presuntamente perjudiciales para la clase dirigente.

En resumen –y quizás sea lo más triste de esta historia de opresión neoliberal–, los efectos del proceso institucionalizador no sólo son reales, sino que se acaban aceptando generalmente como hechos ordinarios. Que la convivencia se convierta en elemento de consumo o que la desaparición del sentido comunitario se perciba como algo natural, aunque todo ello suponga un retroceso fundamental en las aspiraciones sociales, se sigue vendiendo como algo que es muy normal que suceda así (Orteu, 2013). Se sigue vendiendo por quien hace negocio con ello, pero se sigue comprando por todo aquel que hace honor a su calidad de homo consumis. Las

convenciones sociales y los acuerdos colectivos han desaparecido, se están esfumando. En su lugar, normas, leyes y prescripciones van marcando la ruta a seguir, cada vez más y con más restricciones. Son las indicaciones hacia una sociedad desnaturalizada sin sentido ni actitud, son el manual de ayuda para individuos que desconocen las entrañas oscuras y encriptadas donde se cuece todo, donde se decide todo, y en donde nadie está invitado. Con estas instrucciones se consigue mantener la normalidad de una razón económica como lógica gobernante, una normalidad que no deja de acrecentar divisiones y diferencias, y no parece afectarse por ello.

Intervención Socioeducativa que Consolida la Periferia Social

A pesar del panorama que hasta ahora se ha mostrado, hay que acercarse algo más a la intervención socioeducativa para llegar a entender más a fondo la cuestión social. Parece ser que la perversidad del sistema provoca una especie de efecto rebote en la intervención institucionalizada, y es que cuanto más se actúa socialmente, cuanto más se intenta minimizar o detener el crecimiento de ese anti-desarrollo social, más se amplía la necesidad del servicio social. A esta paradoja responderían, por lo menos, los siguientes cuatro motivos: el modo reproductivo en que se interviene, la vocación intervencionista del agente que interviene, el pensamiento generalizado de normalidad y el comportamiento individual mecanizado.

El primer motivo por el cual no se reducen las necesidades sociales por mucho que se intervenga, sino que no paran de aumentar, es porque se actúa en modo reproductivo, es decir, porque en todas partes se reproducen las mismas prácticas profesionales protocolarias inspiradas por las líneas estratégicas de las instituciones. En todos los lugares se reproduce lo mismo, con independencia del contexto en el cual se actúa o el colectivo al que se dirige. Son prácticas programadas y diseñadas fuera de la misma realidad, desde la perspectiva foránea, una perspectiva impregnada más de compasión pietista que de pasión vocacional, más preocupada por el tecnicismo de su acción que por sus efectos balsámicos y reparadores. En el fondo, se trata de prácticas pensadas desde el estatus superior de normalidad y dirigidas a las necesidades creadas desde ese mismo estatus.

En segundo lugar, porque hay una excesiva vocación intervencionista derivada de las actuales políticas de prevención (Núñez, 2007). La mayoría

de las intervenciones son primordialmente instrumentales, técnicas que buscan o acaban convirtiéndose en simple gestión de la población a la cual se dirigen con el fin de prevenir los conflictos, y acaban dejando de lado cualquier asistencia o acción educativa. El objeto por el que nacieron, la finalidad por la que se gestaron, acaba convertida en algo secundario, lo que convierte esa intervención en un simple e insulso sucedáneo, algo así como un placebo social.

El tercer motivo es el pensamiento de preexistencia de la normalidad que presupone la anormalidad en la diferencia. La diferencia se entiende como anómala, y se acaba gestionando de tal forma que sobreviene un nuevo perfil poblacional. Esto hace que el diferente siga otro recorrido social (Núñez, 2007), el de la exclusión, el de la periferia, el de la necesidad crónica de servicios sociales. Este pensamiento también inspira las intervenciones socioeducativas: cuando se piensa una actuación, en seguida se recorre a los referentes normalizados con tal de aplicarlos a la situación, en lugar de procurar resoluciones en las singularidades de la situación misma. Esto provoca grandes contradicciones en el umbral del significado de toda intervención social educativa, como la de llegar a convertirse en un mero instrumento normalizador de una situación hartamente reconocida como desechable y denunciabile. De hecho, no parece que se creen nuevas políticas para solucionar situaciones de precariedad que se están perpetuando en el tiempo, cosa que parecería lógica vistos los resultados de las actuales, sino que lo que prima es hacer políticas para normalizar situaciones que no son normales, en la línea del modelo neoliberal, y lo peor de todo es que las mismas intervenciones sociales están contribuyendo a ello.

En cuarto y último lugar está el hecho de que se ha mecanizado y codificado el comportamiento individual a partir de los parámetros del poder como subjetivador (Foucault, 1984).⁷ El sujeto individualizado cada vez se generaliza más para semejarse, para uniformarse, para seguir el mismo código de conducta admitido o destacado como lo deseable. En este contexto el otro, el que no alcanza lo deseable en su conducta, queda definido como inferior, como el que está fuera de la realidad, el que no forma parte de la vida real, el que es un extraño que ocupa un submundo que ni siquiera se quiere pensar. Estos códigos de conducta condicionan la actuación de los agentes socioeducativos pero, a la vez, son reflejo de un código inexistente en el submundo, o existente de forma precaria, y se convierte en espejo, lo

que se desea como símbolo de la vida normalizada.

A la luz de esta realidad –o quizás sería mejor decir a la sombra– se gesta lenta pero imparablemente una nueva epidemia social a la que se le podría llamar periferia.⁸ La periferia hace referencia al espacio físico que se forma alrededor del centro, al suburbio o extrarradio de la ciudad, a la línea que envuelve dicho centro. En este sentido, la nueva periferia social es una manera de concebir lo social, una forma de entender no un espacio físico de exclusión, sino más bien un estado de vulnerabilidad, un ser de otro modo que no es normal. La periferia social es la ubicación de la pobreza, es la tipificación de los recorridos sociales excluidos, es el estado en el que sobreviven los residuos humanos generados por el sistema productivo (Bordas, 2008).

La periferia se define en relación al centro, es un no centro, es decir, no es en sí sino que, lo que es, lo es en relación con otro, en este caso con el centro. Ni siquiera es un lugar, tan sólo es un contorno, un límite, un simple margen, una silueta. En este sentido la periferia social responde a las características de un nuevo habitante: el ser periférico, ese individuo convertido en la sombra de lo que un día fue, en la silueta del lugar que un día ocupó, en el reflejo apagado del ser centro que una vez consiguió. El ser periférico era una persona corriente que un día, sin darse cuenta, se vio desplazado del centro, apeado del tren en una estación llamada exclusión, cargado con unas maletas que se hacían llamar pobreza. El ser periférico es una víctima de las múltiples pobreza (Sirvent, 1998) que corresponden a múltiples elementos de desarrollo personal y social, como pueden ser las habilidades comunicativas e instrumentales, las posibilidades de acceder a escenarios óptimos de ubicación comunitaria o la capacidad de permanecer y perseverar en un itinerario vital de reconocimiento social, y que reclaman diversas acciones socioeducativas. El ser periférico⁹ es un sujeto con grandes déficits variables y múltiples, un multi-deficitario abrumado y desorientado que se siente desplazado, incapaz de reaccionar y retomar la ruta, y que, además, genera déficit a la sociedad consumiendo recursos públicos sin parar. Quizás esto último sea lo que preocupa más a las clases dirigentes y a los gobiernos. Es bien cierto que la rapidez e intensidad con que se está extendiendo el problema pone los pelos de punta a más de uno. Sin embargo, no cabe duda que lo más importante es que ello exista, pues pone en evidencia nuestro sentido humanitario por permitirlo y no hacer

nada para solucionarlo.

Y en estos términos, todavía queda añadir algo más a lo dicho hasta ahora en cuanto a los profesionales de la acción social y educativa: que en el desempeño de sus funciones, y aún sin ni siquiera quererlo, se están convirtiendo en garantes de esta nueva realidad a la que llamamos periferia social. Las tareas que se están realizando desde las instituciones o corporaciones socioeducativas, y de las que ellos son instrumentos portadores o ejecutores, no sólo están favoreciendo su consolidación como resultado de la estratificación social permanente sino que, muy lamentablemente, están ayudando a su extensión y crecimiento, lo que les convierte indirectamente en cómplices de esta no menos que vergonzosa autodestrucción social. En un nivel muy primario se pueden mencionar, por ejemplo, las conversaciones que se tienen entre colegas de la profesión social, donde se suelen catalogar a colectivos y a individuos a partir de una simple circunstancia o un rasgo diferencial. Me refiero a la facilidad y a la indiferencia con que se habla de delincuentes en relación a las personas internas de una prisión, o de gitanos para referirse a ciertos personajes que viven de un modo determinado o en un barrio concreto. También y a otro nivel, destaca esa sensibilidad pícaro con la que se recomienda a un usuario rechazar cualquier oferta laboral eventual porque ello le supondría perder la prestación económica recibida mensualmente. Además se percibe un descuido generalizado (por llamarlo de un modo aceptable) en la concesión de ayudas económicas sociales, sin tener en cuenta muchas veces los requisitos que se deben cumplir, y de las que no hay casi ni rastro de un seguimiento ordenado y meticoloso tal como prescriben los protocolos. Finalmente mencionar aquellos servicios que nacieron de urgencia y fueron creados como parachoques momentáneos, y que se han transformado en recursos permanentes y totalmente consolidados (e incluso se han sofisticado, como los bancos de alimentos, ahora ya supermercados para personas con pocos recursos económicos).

A la par con lo dicho hasta ahora se puede intuir una posible razón: la profesión social y educativa no está preparada para abordar la problemática social actual en toda su dimensión. Ya sea por el déficit en los programas formativos o en los currículos académicos, ya sea por el error en el enfoque de las propuestas de intervención, ya sea por el desacierto en el alcance de éstas o ya sea por el desencaje con la realidad: lo cierto es que la acción

social educativa que se está realizando no parece atajar el problema de esta periferia creciente.

Por todo ello, deberían pensarse nuevas formas de entender y articular la intervención social educativa de modo que abarcaran la cuestión en toda su dimensión, empezando por evitar el desarrollo de fenómenos tan lamentables como el periférico. Tal vez no sea en sí un elemento trascendente, por lo menos en sentido filosófico, pero sí que lo es en sentido pedagógico y social y, sobre todo, en sentido ético-político. Porque el progreso de las personas sobre el que se asientan la mayor parte de acciones futuras y futuras se elabora en el imaginario individual y colectivo. Se da cuando hay posibilidad de proyectarse en la construcción colectiva y en la subjetivación individual. Se alcanza en la capacidad de discernir las opciones de itinerarios de aprendizaje, en la disposición de escenarios factibles de desarrollo. Y se halla en la autoconcepción de uno mismo, en el sentido único de identidad que cada cual se hace a partir de la autopercepción y la heteropercepción, porque «la identidad siempre tiene que ver con ser miembro de una colectividad, pero no de una colectividad cualquiera, sino de una comunidad que es, de algún modo, única» (Touraine, 2006, p. 79). De lo que se trata, pues, es de evitar por todos los medios que nadie se reconozca en una comunidad única por el hecho de ser periférico y asemejarse a un grupo que anda ataviado con incontables capas de vulnerabilidad.¹⁰

Alternativas: Repensar el Sentido de lo Social

Desde esta perspectiva parecería de una cierta lógica que se empezara por repensar y reinterpretar el sentido que le damos a lo social. Y un buen primer paso sería el poner por delante de cualquier propuesta de acción, ya fuera política, pedagógica o ética, este escenario que se acaba de dibujar, es decir, tener suma consideración a la importancia determinante que tiene este *habitus*¹¹ en el desarrollo vital de toda persona. No se puede obviar el hecho de que los individuos construyen su identidad precisamente en la interacción social, y es exactamente en este espacio/momento en donde se manifiestan sus *habitus* como proceso de redefinición de su identidad. Pero aún hay más, porque el repensar lo social en estos términos tiene sus derivas específicas en cualquier propuesta de acción social educativa. De entre todas ellas, se podrían destacar las siguientes:

a) Reinterpretar lo social lleva ineludiblemente a una nueva visión del hecho social y de la sociedad en su conjunto. Del hecho social, en primer lugar, porque representa «modos de actuar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo, dotados de un poder de coacción en virtud del cual se imponen sobre él» (Durkheim, 1997, pp. 40-41). Por ello habría que ajustar o, mejor dicho, ampliar las actuaciones más allá de las esferas propiamente individuales, explorando a fondo el terreno de las concepciones, las percepciones y las acciones colectivas de la comunidad a la cual se pretende dirigir la acción social educativa. Y en segundo lugar de la sociedad en su conjunto, puesto que si la aceptamos como protagonista de este actuar, pensar y sentir quizás habría que cuestionarse cuál es en verdad el sentido de las relaciones humanas. Vista la realidad actual, parecería necesario apostar por un significado mucho más esencial y profundo que el que parece inspirarla hoy en día. Ello nos llevaría inevitablemente a la designación de nuevos indicadores de ejecución y calidad de las acciones socioeducativas que no fueran secuestrados por la lógica mercantil de producción y rendimiento. Pero la pregunta sobre las relaciones humanas también abriría un amplio debate sobre el significado sustancial de sociedad y las repercusiones que conlleva en el diseño y la ejecución de estas intervenciones socioeducativas.¹² En este sentido, no cabe duda que la configuración apriorística de usuario/paciente/cliente/receptor determina la tipología del servicio que se distribuye y el modo de distribuirlo, al igual que condiciona enormemente las percepciones más subjetivas del profesional al cargo y su posterior actuación.

b) El cambio de perspectiva sobre lo social repercutiría positivamente sobre el escenario donde se desarrolla, permitiendo grandes trazos de creatividad en el dibujo de sus principales paisajes, como son el espacio público, su identidad y la representación social. En cuanto al espacio, vale la pena recordar que se detecta un crecimiento y una tendencia generalizada a la construcción de espacios individuales, individualizados o individualizantes en detrimento de la construcción del espacio público. Si ya era difícil consolidar ciertas dinámicas en lo que vienen llamándose ahora espacios y momentos líquidos, más lo será a partir de la privatización de ese espacio público para fines lucrativos que acaba por perder definitivamente su significación como territorio local de transformación social (Bauman, 2005). Tal vez cabría preguntarse qué es el espacio público, porque todo hace

pensar que se ha perdido su sentido más democrático. Tal como aporta Joan Subirats (2012), el espacio público no debería ser privatizado ni concebido como espacio institucional, sino más bien entendido como espacio abierto de participación ciudadana, un lugar de encuentro del debate público en el que poder recoger respuestas colectivas a los problemas comunes. Así pues, es el espacio de manifestación de la diferencia y la pluralidad, el espacio de interacción comunitaria, el espacio dialógico de la realidad social. Es el lugar originario de construcción participada: se construye el diálogo, se construye la identidad colectiva, se construye el conocimiento. También es el lugar donde se dibuja simbólicamente el horizonte de futuro, el sitio en donde se inscribe la representación social de cada ciudadano. Todo esto es el espacio público, aunque no seamos del todo conscientes de ello. Sin embargo, las políticas neoliberales actuales pretenden hacer de este espacio un lugar de ganancias, donde lo social se perciba desde la óptica de la rentabilidad económica y de los valores del mercado, y donde el conocimiento se transforme en una simple mercadería. Es, sin duda, una obsesión por rentabilizar todo espacio y momento. Lo mismo pasa con la acción socioeducativa, en el sentido de economización de la humanidad o humanización de la economía, o lo que sería aún peor, economizar la vulnerabilidad o vulnerabilizar la economía. De esta manera, y vinculado al capitalismo como elemento consubstancial y funcional, la biopolítica hace de la intervención socioeducativa otra herramienta de establecimiento de una nueva disciplina de la vida, de los espacios y los tiempos, de los momentos sociales, que acaba siendo mercantilizada, como todo, con el discurso y la práctica del desarrollo basado en el mercado global.

c) Una nueva mirada sobre lo social también nos acercaría a la responsabilidad política en la intervención socioeducativa. Responsabilidad política en el sentido de cívica, de promoción de la participación en la transformación social. Lo social debe configurar un espacio/momento de respuesta colectiva porque, con independencia de la responsabilidad que tienen los organismos y las instituciones en lo público, cada individuo como ciudadano también tiene su responsabilidad al respecto. De forma personal y como individuo cofundador de la comunidad, cada ciudadano debe dar respuesta al compromiso de civilidad adquirido. Ya no vale pensar que corresponde únicamente a las instituciones y a los organismos públicos hacerse cargo de todo lo público, que por eso se pagan impuestos. Ésta es

una actitud de despreocupación que poco o nada beneficia al desarrollo de la comunidad. El pago de impuestos legitima para exigir un buen uso de los recursos obtenidos, pero nada tiene que ver con dar la espalda a ese escenario común de todos y cada uno de los seres humanos que se convierten en protagonistas de las historias que se representan en él y, ni mucho menos, lo justifica. Sólo entendiendo que el compromiso de cada uno en el ámbito civil implica también una responsabilidad en lo que se considera público, se podrá avanzar en esta nueva concepción de lo social y, por tanto, en el proceso de transformación.

d) Por último, pero no menos importante, cabe señalar que este cambio de rumbo en la concepción de lo social añadiría un desafío en el desarrollo de competencias sociales, especialmente en la tarea de capacitar tanto a los individuos como a todo el conjunto de la comunidad. Poco tiene de nuevo este reto, a excepción quizá del nombre con el que se ha puesto de moda en este primer decenio del siglo XXI. Se trata del empoderamiento, una propuesta ya presente en la educación popular de Freire y en los enfoques participativos de la segunda mitad del siglo XX. Empoderar o capacitar a los individuos y a los colectivos acarrea la gran tarea de desarrollar «la capacidad de leer la realidad, decir la propia palabra y escribir la historia de la liberación personal y comunitaria», tal como decía Paulo Freire (1988). Capacitar es liquidar la exclusión, reduciendo la vulnerabilidad a un simple rasgo anecdótico, y facilitar herramientas y estrategias para que cada cual llegue a ser protagonista de su propia historia y de la historia de su comunidad. Capacitar es conceder poder a aquellos más desfavorecidos para que mejoren sus condiciones de vida, y que lo hagan con recursos que favorezcan su autogestión e incrementen sus capacidades. Y para ello hacen falta espacios y momentos en los que los grupos sociales puedan manifestar sus inquietudes y sus necesidades, debatir propuestas y dilemas, colaborar en la construcción de sus futuros y participar en la toma de decisiones. Si en algo cabe aquí la acción social educativa es en el papel mediador que realiza el acompañante a lo largo del camino. De hecho, lo más importante está en el recorrido, en el andar, en el puente que une a cada uno con sus metas, en el lazo que anuda la voz comunitaria con las políticas sociales.

Afortunadamente ya existen algunas acciones que van en esta línea. Por ejemplo en el centro penitenciario de Lledoners, cerca de Barcelona. En uno de sus módulos se realizan asambleas entre las personas internas para

gestionar los problemas que surgen en el día a día, o para tomar decisiones, algunas de las cuales pueden incluso vincular a la dirección del centro. De este modo se fomenta el civismo y el respeto, y se crea un entorno más positivo, pacífico y alejado de la delincuencia. Además, las personas internas adquieren habilidades comunicativas y se potencia el diálogo como medio para la resolución de conflictos. Y lo más importante, se ofrecen recursos distintos a la violencia, el más fácil y recurrente hasta ahora, que pueden poner en práctica ellos mismos porque se han capacitado para ello.

También hay otras iniciativas que aportan un nuevo sentido a lo social: la masovería urbana, por ejemplo. Es una fórmula alternativa que consiste en que el propietario cede su vivienda en desuso a cambio del mantenimiento y la mejora de la finca. De este modo se favorece el acceso a la vivienda a aquellas familias en situaciones vulnerables. O los talleres de formación y divulgación de información en relación a la pobreza energética, para promover el uso sostenible de la energía y evitar las problemáticas asociadas.

Desde la óptica del profesional de la intervención socioeducativa, éste podría ser un buen principio para la gran tarea de repensar y reinterpretar el sentido que se le da a lo social. Y aun así, todavía se podrían emplear esfuerzos ingentes para cambiar los efectos de la acción social educativa sin obtener resultados significativamente relevantes. Porque la cuestión no es simplemente profesional.

Es necesario abordarla globalmente, desde su estructura, desde su base. No es suficiente con cambiar el hilo de los circuitos y ponerlos más gruesos para que aguanten más intensidad y fuerza; esto es un remiendo que se lleva haciendo demasiado tiempo. Es momento de cambiar a fondo. La periferia social es una realidad hoy en día, aunque no haya censo que lo regule. Compuesta por una población flotante, más o menos variable, y en continuo crecimiento. Fruto de una expansión y un progreso cuya posible detención nadie se atreve a pronosticar. Éste es el panorama de hoy, quedarse de brazos cruzados no es una opción.

Notas

¹ En referencia a esta cuestión se pueden consultar, entre otros, el *VIII informe del Observatorio de la Realidad Social 2013* elaborado por Cáritas, el análisis de los datos del Eurostat realizado por el Instituto de Estudios Económicos, los estudios estadísticos realizados por el Instituto Nacional de Estadística o el informe de Intermón Oxfam *Crisis, desigualdad y pobreza*.

² Aunque anteriormente Foucault ya había introducido el concepto de biopolítica, en este caso nos referimos fundamentalmente a los cursos que realizó en el Collège de France en 1977-1978 (Foucault, 2006) y en 1978-1979 (Foucault, 2008), en los cuales trató específicamente los conceptos de biopolítica y neoliberalismo.

³ Sobre el crecimiento de las tecnociencias, cabe destacar ya desde mediados del siglo XX la trilogía inseparable ciencia-tecnología-empresa. En cuanto a sus efectos sobre la acción social educativa, son muy esclarecedoras las palabras de Violeta Núñez: «El campo de las ciencias sociales tiende a configurarse como espacio, no tanto de legitimación (ello ya no es visto como necesario) sino de facilitador de los instrumentos para el ejercicio capilarizado del control biopolítico de las poblaciones» (Núñez, 2003).

⁴ Desde la perspectiva de las intervenciones socioeducativas, muchas de ellas diseñadas y ejecutadas desde la idea de la «prevención», el término *exclusión* adopta hoy en día un significado mucho más amplio. Tal como dice Violeta Núñez (2007), «podemos entender la exclusión como una construcción social que recubre tres conjuntos de prácticas: la eliminación del diferente, el encierro y/o la deportación, y el dotar a ciertas poblaciones de un estatus especial, que les permite coexistir en la comunidad pero que les priva de ciertos derechos de participación, en actividades sociales, culturales, económicas». En estos términos, ésta es una construcción social fruto de las pretensiones que imperan hoy en día de hacer mercado con la política, con la educación, con la sexualidad o con la cultura.

⁵ En cuanto al significado más amplio de institución e institucionalización, hay que tener en consideración las aportaciones de Régis Debray sobre el sentido de organización (Debray, 1997) y las de Michel Serres (1994), así como la idea de instituciones totales de Erving Goffman (1961) y las calibraciones especiales de Michel Foucault: «Lo que generalmente se llama institución es todo comportamiento más o menos forzado, aprendido; todo lo que en una sociedad funciona como sistema de coacción, sin ser enunciado; en resumen, todo lo social no discursivo» (Foucault, 1984). Una visión generalizada de todo ello se puede encontrar en Bellera (2013).

⁶ En España existe la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de Protección de Datos de Carácter Personal (LOPD), la Agencia Española de Protección de Datos y autoridades y leyes propias de algunas comunidades autónomas. Todos ellos bajo la figura del Supervisor Europeo de Protección de Datos (SEPD) que se creó en 2001. El SEPD tiene la responsabilidad de garantizar que las instituciones y organismos de la UE respeten el derecho de las personas a la intimidad en el tratamiento de sus datos personales. El texto de referencia a nivel europeo es la Directiva 95/46/CE del Parlamento Europeo y del Consejo, de 24 de octubre de 1995, relativa a la protección de las personas físicas en lo que respecta al tratamiento de datos personales y a la libre circulación de estos datos, y sus posteriores actos modificativos.

⁷ En sentido foucaultiano, el poder subjetiva formando y cultivando al individuo a través de dos formas: por dispositivos de seguridad, ejercidos por la gubernamentalidad biopolítica que

lo someten a otro mediante el control y la dependencia, y por mecanismos disciplinarios que lo atan a su propia identidad por la consciencia o el conocimiento de sí mismo.

⁸ El sentido original de la palabra griega *periphéreia* responde a la acción de llevar algo o a alguien alrededor de un círculo o circunferencia, es decir, a su contorno.

⁹ Se hace hincapié en el sentido más estricto del concepto en Foucault (2010): un sujeto *sujetado*, atado a unas relaciones de poder, producido por técnicas de sí como discursos, prácticas ascéticas, estrategias políticas, instituciones, el Estado, etcétera. Por tanto, el sujeto está sujetado a una determinada forma de identidad, en su dimensión de reproductor (como *bíos*) y en su dimensión de productor (como creador de conocimiento). Y esa identidad o subjetividad se produce en la articulación de cuatro ejes: en la relación que sostiene con su propio cuerpo, en la relación con sus normas y códigos morales, con lo que sabe de sí mismo y con lo que espera de sí mismo (García Canal, 2005). Sin embargo, si tenemos en cuenta su completa identidad, su interioridad, este sujeto se puede considerar tan sólo como una manera de existencia, un momento de individuación a lo largo de su infinidad de momentos. Por ello, también vale la pena acercarse a Edgar Morin y determinar que «la noción de sujeto está indisolublemente unida a ese acto en el que no sólo se es la propia finalidad de sí mismo, sino que también se es autoconstitutivo de la propia identidad» (Morin, 1974). De este modo podemos contemplar la posibilidad de un proceso autónomo de constitución de la propia realidad, no sólo individual, sino también y sobre todo colectiva, en la construcción y el desarrollo de un yo o sujeto social que, de algún modo, también es partícipe de la construcción colectiva en algún momento de su recorrido social.

¹⁰ La idea de vulnerabilidad en forma de capas (Luna, 2008), de grados o niveles, o incluso de estratos, responde a la necesidad de evitar la categoría o etiqueta de *vulnerable* que lleva inevitablemente a la estigmatización de individuos o colectivos. Además, el concepto adquiere más relevancia en el hecho de que afecta de lleno en el desarrollo de la autonomía personal y moral de la persona y, en consecuencia, en la construcción y el desarrollo del mismo individuo y su identidad. Así pues, si la autonomía personal y el individuo son conceptos que difícilmente pueden no ser considerados dinámicos (la persona se está construyendo permanentemente), del mismo modo la vulnerabilidad que le afecta también debería ser entendida como un proceso dinámico que puede aparecer a cualquiera, en cualquier momento y de distintos modos o capas. La idea lleva a olvidar expresiones como *ser vulnerable* para referirse a ciertos individuos o colectivos, y apostar más decididamente por pensar en términos de «estar vulnerable» o «afectado de vulnerabilidad» en un cierto grado.

¹¹ El *habitus* aquí expresado hace referencia al concepto de Pierre Bourdieu por el que explicaba la manera que tienen los individuos de interiorizar las estructuras sociales e incorporarlas a sus esquemas de percepción, de valoración y de acción. El *habitus* es tanto todo aquello sociohistórico que ha incorporado en su interior, como aquello subjetivo que ha generado en sus procesos de socialización. Tal como dice Córdova, «es el producto tanto de la experiencia individual como de la historia colectiva» (Córdova Plaza, 2003), es el espacio dinámico donde se da la relación dialéctica individuo/sociedad. Para el tema que nos ocupa, cabe ampliar aún más esta idea en un sentido más activo por el que «el *habitus* es una capacidad infinita de engendrar, con total libertad (controlada), unos productos –pensamientos, percepciones, expresiones, acciones– que siempre tienen como límite las condiciones histórica y socialmente situadas de su producción» (Bourdieu, 2007). Es importante también destacar su relación con la idea de identidad: el *habitus* es esa disposición –o conjunto de disposiciones– por las que los individuos articulan sus percepciones, actitudes y acciones en la construcción de su identidad, en el proceso de definir qué son y qué no son.

¹² El debate en esta cuestión podría poner sobre la mesa la dicotomía estudiada por el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies (1947) y las repercusiones que de ello se derivarían. Según él, hay dos modos de estructuración social: la comunidad y la sociedad. Actualmente parece predominar en exceso la estructura social o sociedad, más artificial y basada fundamentalmente en el contrato asociativo, que ha avanzado en detrimento de la comunidad, más natural.

Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bellera, J. (2013). Nuevos escenarios para el aprendizaje. Cambiando las reglas del juego educativo. *Tendencias pedagógicas*, 22, 165-176.
- Bordas, J. (2008). Aspectos sociodemográficos que contribuyen a explicar la conducta criminal y su percepción por la sociedad. En Izquierdo, A. (coord.), *El modelo de inmigración y los riesgos de exclusión* (359-419). Madrid: Cáritas y Fundación Foessa.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1998). La esencia del neoliberalismo. *Le Monde Diplomatique*, ed. española, 29, marzo/abril, 1-4.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castro, E. (2007). Biopolítica y gubernamentalidad. *Temas y matices*, 11. Toledo, Brasil: UNIOESTE.
- Córdova Plaza, R. (2003). El concepto de habitus de Pierre Bourdieu y su aplicación a los estudios de género. *Colección Pedagógica Universitaria*, 40.
- Debray, R. (1997). *Transmitir*. Buenos Aires: Manantial.
- Durkheim, E. (1997). *Las reglas del método sociológico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Esposito, R. (2006). *Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Foucault, M. (1984). El juego de Michel Foucault. En *Saber y verdad* (127-162). Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2010). *Obras esenciales*. Barcelona: Paidós.

- Freire, P. (1988). *La importancia de leer y el proceso de la liberación*. México: Siglo XXI.
- García Canal, M. (2005). *Foucault y el poder*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- García de la Huerta, M. (2009). La lectura foucaultiana del neoliberalismo. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 33, 145-156.
- Goffman, E. (1961). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- López Álvarez, P. (2010). Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault. En Arribas, S., Cano, G. & Ugarte, J. (coords.). *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo* (39-61). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y La Catarata.
- Luna, F. (2008). Vulnerabilidad: la metáfora de las capas. *Jurisprudencia Argentina*, IV(1), 60-67.
- Morin, E. (1974). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós.
- Núñez, V. (2003). Entre la tecnociencia y el tecnopoder: el desafío de mantener abierta la pregunta acerca de las condiciones de producción de la Pedagogía Social y sus efectos. *Pedagogía social. Revista interuniversitaria*, 10, 111-122.
- Núñez, V. (2007). Pedagogía Social: un lugar para la educación frente a la asignación social de los destinos. *Conferencia pronunciada en el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Argentina en abril de 2007*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Orteu, X. (2013). Contra el determinisme social. *Social.cat*. Recuperado de: <http://www.social.cat/opinio/3441/contra-el-determinisme-social>
- Pinto, L. (2002). *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*. México: Siglo XXI.
- Serres, M. (1994). *Atlas*. Madrid: Cátedra.
- Sirvent, M. (1998). Multipobrezas, violencia y educación. En Inés Izaguirre (coord). *Violencia social y derechos humanos* (201-209). Buenos Aires: Eudeba.
- Subirats, J. (2012). L'aprenentatge Servei: una manera actual de vincular educació, participació i acció. *Fundació Jaume Bofill*. Recuperado el de: <http://www.youtube.com/watch?v=st36xHIFSBA>
- Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.

Touraine, A. (2006). Un nuevo paradigma. De una visión económica a una visión cultural de la sociedad. *Revista Minerva*, 03, 76-80.
Recuperado de: <http://www.revistaminerva.com/articulo.php?id=95>

Jaume Bellera is Associated Professor at the University of Girona

Contact Address: Direct correspondence to Jaume Bellera at
Universitat de Girona, Educació, Plaça Sant Domènec 9, 17071,
Girona. E-mail: jaume.bellera@udg.edu